

NÚRIA BEITIA HERNÁNDEZ

Pensar (y decir) la relación con la madre

Hace unos meses Lourdes Albi me llamó por teléfono. Sus llamadas siempre son una doble sorpresa. Por un lado por la alegría de escuchar la voz de una amiga especial. Una amistad hecha de contados, pero valiosos, momentos de relación, casi siempre telefónica. Y también fue una sorpresa porque Lourdes siempre me suele decir, preguntar o pedir alguna cosa que hace que me ponga en juego, que sea yo de verdad, que me implique.

Me contó con ilusión que preparaba, de nuevo junto a Àngels Bosque, las quintas “Jornades de Política de les Dones” en Reus. Me contó el tema que querían tratar y me pidió-preguntó si me gustaría venir para hablar de la relación con la madre: «Pensar la relació amb la mare viva», me dijo en aquel momento. Me explicó que había sentido el deseo de indagar en ese tema a partir de la lectura de un texto de Clara Jordan¹ y pude ver como las palabras de Clara la habían tocado de tal forma que habían hecho hueco en Lourdes. Un hueco que acogió la gestación de algo que necesitaba ser nacido.

Le conteste, a la vez, que «vale» y que «glups». Le dije que “vale” porque es fácil encontrar cosas para decir sobre la relación con nuestra madre. Le dije «glups» porque, en la relación entre madre e hija, entre hija y madre, no todo se puede o se sabe decir. No se puede o no se sabe decir porque no nos atrevemos a decirlo, porque no tenemos palabras para nombrarlo, porque aún no sabemos, porque es un misterio, porque está más allá de nuestra medida...

Y lo que me pasó es que, en ese mismo momento, cuando aún estábamos hablando por teléfono, la propuesta de Lourdes me causó una gran ebullición: las ideas y las preguntas se me empezaron a amontonar en la cabeza, comencé a escribir notas en papeles y en el ordenador y las lecturas pendientes se me multiplicaron.

«La capacidad de ser dos»,² «agradecer el don recibido»,³ «deuda simbólica», «la competencia del estar ahí»,⁴ «la sombra de la madre»,⁵ «materia viva»,⁶ «la cosecha de nuestras madres»,⁷ ... Acudían a mí estas y muchas otras expresiones que he ido descubriendo y que, con su capacidad de nombrar lo que las cosas son, me han ido transformando.

Veía la necesidad de releer *El orden simbólico de la madre* de Luisa Muraro⁸, y *Nacida de Mujer* de Adrienne Rich,⁹ y *Los hijos de Yocasta*¹⁰ y también el texto de Luce Irigaray *Y la una no se mueve sin la otra*.¹¹ Y la asignatura de Chiara Zamboni *La lengua materna*,¹² y los monográficos de la revista *DUODA*: «La madre negada»¹³ y «Diálogos con la madre»;¹⁴ el capítulo «En el nombre de cada madre»¹⁵ de Milagros Rivera y algunos de los textos de Montse Guntín en su página web;¹⁶ los poemas de Maria Mercè Marçal de su libro *Hidra*,¹⁷ *La hermana, la extranjera*¹⁸ de Audre Lorde; *Sula*¹⁹ de Tony Morrison y *Nubosidad variable*²⁰ de Carmen Martín Gaité; los textos de Diótima:²¹ *Traer al mundo el mundo*²² y *La mágica fuerza del negativo*.²³ Los poemas Innana y Cáliz de Juana Castro.²⁴

Y..., y..., y...

Más que una ponencia parece que os estoy presentando una bibliografía... o el inicio de un tesoro. Me estoy quedando sin aire, embriagada y embargada con tanto que quiero deciros y con tanto que aún quiero saber. Me siento en el ojo del huracán de la desmesura.

Mi madre me cuenta que, de bebé, cuando empecé a comer comida de plato, ella tenía que usar dos cucharas: mientras me metía una en la boca ya estaba llenando la otra para que yo no protestara por la espera. Mi madre

cuenta divertida mi insaciabilidad. Así estaba yo al preparar este texto, demandando más y más alimento: más «teta».

Desde niña me ha gustado leer. Mi insaciabilidad no era sólo con la comida: también devoraba libros. En ese continuo que fue aprender el mundo a partir de aprender la lengua, he buscado en otros y otras expresiones que nombrasen mi sentir, mi estar, mi padecer, mi deseo... Palabras que me ayudasen a entender el mundo y a mí.

Lourdes me preguntó si deseaba hablar de la relación con la madre y yo dije que sí y para empezar a hacerlo fui a buscar lo que otras mujeres habían dicho. Sabía que no se trataba de repetir sus voces, porque cuando una no habla con voz propia lo que sale es quizás demasiado agudo, pesado, denso extraño, estridente o mudo.

Se me pedía que hablase desde mi misma y yo empezaba recurriendo a lo que otras habían dicho. Lo hacía porque buscaba genealogía, sentido, guía. Sí. Y eso las mujeres lo encontramos las unas en las otras cuando reconocemos y agradecemos la disparidad que entre nosotras existe: entre la madre y la hija, entre la maestra y la alumna...

Necesitaba y necesito de esas palabras encontradas en otras pues son preciosas y adecuadas y a mí me dan luz y me mantienen en el buen camino. Pero temía copiarlas, y, con ello, perderme, confundirme.

Ante mí tenía un fecundo campo que muchas otras antes que yo habían cuidado. Fecundo, sí, y a mi disposición para darme alimento, aunque sin olvidar que soy propensa a los empachos.

Por otro lado también temía no hacerlo bien. Pero, ¿qué es hacerlo bien? ¿Es quizás hacer lo que se espera de mí? ¿Y qué es eso que se espera de mí? ¿Y quién lo espera?

Cuando preparaba este texto me invadían dos temores:

- Un primer miedo está relacionado con el ansia que siento ante la posibili-

dad de no estar a la altura del deseo: el que me transmitió Lourdes con su petición y que yo acogí.

- Un segundo miedo que tiene que ver con ser/sentirme juzgada

Del primer miedo, del ansia por/de no estar a la altura del deseo no diré mucho. Tan sólo recordar que el deseo, el deseo, que no el capricho, es decir aquello que da sentido a mi vida, que me orienta y me da fuerza, aquello que tengo que hacer está, también y por fortuna, habitándome.

De lo que sí hablaré es del ansia, del miedo, ante el juicio.

Temo ser juzgada por Lourdes y por Àngels que pensaron en mí para venir hoy, juzgada por Milagros y Elisa que son mis maestras, juzgada por vosotras que estáis aquí,... juzgada por mi madre que aunque no está aquí y ahora, de alguna forma está siempre en donde estoy yo.

El nudo de esa sensación de inadecuación que me paraliza tiene que ver con el miedo a no ser aprobada por el mundo, por lo otro, por mi madre. Y no porque mi madre, vosotras, Milagros y Elisa, Lourdes y Àngels o el mundo me vayáis a juzgar. Vosotras, mi madre o el mundo podéis hacerlo o no hacerlo, pero el temor de que sea así habita en mí: el juez, la jueza, está dentro. Y es por calmar ese temor, esa ansia, que voy corriendo a refugiarme en lo que otras han dicho. Y es también por ese temor que me callo y no escribo.

El ansia ante el -imaginado o real- juicio tiene que ver con un ideal, es decir con algo no real y, por tanto, inalcanzable, y al que le voy a llamar "perfeccionismo".

Hay en las mujeres un deseo de hacer las cosas bien, un anhelo de perfección, un amor al orden, al amor y a la belleza. Aquí me referiré a otra cosa, a un estar desmedido y perverso, que nos puede volver rígidas y locas: el perfeccionismo.

Ser una hija perfecta... querer ser una hija perfecta... querer una madre perfecta.

Ser una madre perfecta... querer ser una madre perfecta... querer una hija perfecta.

Intentaré hablar como hija, aunque ser hija y ser madre son dos estares que, en ocasiones, se me confunden (confusión es la fusión de dos cosas que aunque son “una” y “otra” se mezclan apareciendo como si fueran una sola).

Cuando me habita el deseo de verdad, de realidad, veo que mi madre es la que es y no la madre que yo imagino, la que me gustaría, la que idealizo. Es la que es y también es la que posibilitó que yo sea yo y que, por ejemplo, esté hoy aquí.

No es nuestro deseo el que encarna a nuestra madre, fue el deseo de nuestra madre (con más o menos contradicciones y contrataciones) el que hizo viable nuestra vida, es decir fue su deseo el que abrió camino a que seamos reales.

Ser fiel a esa realidad es acoger la verdad de nuestras vidas en el presente.

Caer en el error de una idealización se puede dar con nuestra madre pero también con otras. Conocer a una mujer que nos despierta deseos, ganas de hacer algo en el mundo, que nos sirve de guía... es uno de los regalos más preciosos que nos trae la vida. Pero a esta mujer, a quién le reconozco autoridad, la puedo ver de verdad, entera -o todo lo entera que una puede ver a otra-, o puedo ver solamente una parte: idealizando su estar en el mundo. Entonces no es reconocimiento de autoridad sino confusión. Entonces su “luz” no es palanca y olvido mi propio camino para quedarme a su “sombra”.

La idealización de la otra, la creencia que la otra es una mujer «perfecta», impecable, tiene bastantes inconvenientes, más allá de la propia irrealdad que ya lo es y muy grande. Si «falla», si comete un error en el ideal que de ella tenía en mi imaginario, entonces la derroco. Cuando cae del pedestal en el que la había colocado, cuando con esa caída la

destruyo, pierdo también lo que su presencia había despertado en mí y me destruyo con ello.

Las madres, afortunadamente, no son perfectas. Aunque así las vemos cuando somos bebés. Para un bebé su madre es Dios: omnipotente y omnipresente. Las criaturas creen que su madre es capaz de nombrar, entender y acoger sus deseos, necesidades y malestares. La condición humana es carente y necesitada, y al nacer, lo somos prácticamente del todo. Afortunadamente las madres de bebés recién nacidos suelen apresurarse a la hora de atender a sus criaturas. Ese acudir, a medida que la criatura crece y la madre la conoce, ya no será tan presto. Dejará de ser la madre "perfecta", la que está siempre disponible, para ser la «madre suficientemente buena».²⁵

La criatura, ante tanta dependencia y como mecanismo de defensa, escinde a la madre en lo que la psicoanalista infantil Melanie Klein²⁶ llamó «la teta buena» y «la teta mala». Siendo la «teta buena» la madre disponible, la que acude cuando el bebé la demanda y «la teta mala» la que no viene. Son la cara nutricia y la cara no nutricia de la relación con la madre. Aunque en realidad pertenecen a una misma cosa (son el anverso y el reverso de ella), para la criatura, las dos, la «buena» y la «mala», son dos instancias distintas. Se trata, como os decía, de un mecanismo de defensa, es decir es la manera que la criatura tiene de protegerse y de proteger a su madre de sus propios sentimientos destructores. De momento le resulta difícil soportar que la disponibilidad de su madre no es absoluta y le asusta pensar la violencia de sus propias emociones. Es por ello que escinde en dos direcciones distintas sus sentimientos, asigna los amorosos a una y los destructivos a otra. Como en los cuentos de hadas en los que aparecen madres y madrastras y hadas y brujas.

El juego amoroso de tirones entre madre y criatura está hecho de placer y de disponibilidad y también de dificultad, de falta de entendimiento, de algunos desencuentros... y es necesario que sea así para que la criatura sea ella misma.

Es un juego de disponibilidad (estar/no estar) en el que la madre se desplaza para dejar entrar al mundo en la vida de su criatura. Es un juego que ha nacido en la relación de esa pareja primordial (la formada por la madre y su criatura) y que se sostiene en y con la lengua: la lengua materna. Lengua materna que no es solamente un idioma (castellano, catalán o chino) sino que es un entendimiento desde el ser cuerpo, en el que la madre atribuye deseos y necesidades a su criatura poniendo palabras a su estar, tanto cuando la experiencia es desagradable (¡Te ha asustado ese ruido fuerte, ya pasó!), como cuando es agradable (¡Veo que te divierte este juego!) y también cuando no sabe (Lloras, ¿es porque tienes hambre?, ¿es porque tienes frío?).

Con este juego la madre brinda la posibilidad de entender lo que nos visitará a lo largo de nuestra vida: el malestar, el bienestar, el deseo de saber, etc.

La lengua materna es la que abre al mundo a la criatura sin necesidad de concluir. No como en la Universidad, por ejemplo, en la que hay que cerrar el discurso que una empieza. Hablar en lengua materna significa hablar de verdad sin la angustia de obtener un resultado. La lengua materna nace de y en una relación (el vínculo con la madre o quién por ella está) y nace a partir de la confianza: creemos en ella y creemos que lo que ella dice es verdad. Puede decir palabras difíciles, pero confiamos en aprenderlas.

En ese juego de tirones que nos permite descubrir y estar en el mundo, la madre, por ejemplo, dejará de atender a la demanda de la criatura cuando le pida agua con un gesto, si es que ya sabe hablar. Las madres hacen ver que no entienden la petición hecha de signos preverbales, que también son lengua materna, cuando sus criaturas tienen cierta edad. Haciendo forzamientos de esta clase, a la vez que observan a sus criaturas, las madres acompañan a sus criaturas a que se pongan en juego y hablen, aunque sea en lengua de trapo. Las criaturas también renunciamos a ese dejarnos entender, desde el cuerpo, por el placer de aprender a hablar el lenguaje verbal. Esa renuncia al primer lenguaje no será irreversible sino que dejará huella a lo largo de toda la vida. Se ve, por ejemplo, en la felicidad que sentimos si somos entendidas y entendidos en nuestro deseo sin que

medien las palabras. También se ve en las personas ancianas que vuelven a ese estar infantil hecho de palabra, canción y contacto.²⁷

Pero en el lugar de esa confianza con la que aprendimos a hablar puede instalarse el juicio y la inadecuación. Paradójicamente, para volver a ha-blar en lengua materna, es decir para hablar con deseo de decir y de decir verdad, para atrevernos a nombrar y ser mundo, es necesario aceptar que se está incompleta, que se es dependiente... ¡que no se es perfecta! Que en una está tanto lo que nos gusta como lo que no nos gusta: la "teta" buena y la "teta" mala, la madre y la madrastra: el don de haber sido dada a la luz, a la vida, y también el negativo -entendiendo por negativo aquella materia hecha de lo no resuelto- de cada una de nuestras madres... y el nuestro.

Por otro lado y mientras exista la idea, en la madre o en la hija, de una «madre perfecta» la "separación", en el sentido de que la hija haga su camino, no es posible.

(Cuando preparé y leí este texto en octubre de 2008 en Reus, escribí la palabra "separación" así, con comillas, pues aunque no me acababa de servir no había sabido encontrar otra. El mismo día de la Jornada, M. Elisa Varela, en su texto *Elisa, la mare de la meva mare*,²⁸ también publicado en este número, me recordó la *paradoja tolerable de no ser ni una ni dos, es decir, de que no haya ni confusión ni separación, pudiendo estar, así, en un lugar libre de la dicotomía proximidad-distancia*²⁹).

En cualquier caso lo necesario es que circule aire entre la una y la otra, que haya espacio, que las dos podamos respirar y movernos, es necesario para verse a una misma y para ver quién es la otra. Para dejar de estar atrapadas en el cuerpo a cuerpo con la madre.³⁰

Es necesario que la hija renuncie a idealizar a su madre, sin buscar madres perfectas en otras mujeres en el mundo. Salir al mundo a encontrarse con el mundo y no con alguien que nos haga de madre como si con la de casa no hubiera bastante. O bien desear ser una madre perfecta, para con los hijos propios y también para con los que no lo son.

Hace un rato hablé de madres y de madrastras, de brujas y de hadas... Desde niña me han gustado mucho los cuentos. Cuando fui madre, hace casi siete años, algo me enfureció mucho: en los cuentos infantiles que veía mi hija, como *El libro de la Selva* en la versión cinematográfica de Walt Disney o la entonces acabada de estrenar *Buscando a Nemo*, o la madre no estaba o estaba muerta. Incluso la versión cinematográfica de Disney de mi cuento favorito, *Blancanieves*, empieza contando la historia de una niña huérfana de madre cuyo padre se casaba con otra mujer.

Mi furia era una reacción ante esa estrategia patriarcal que intenta invisibilizar a la madre y a su obra civilizadora y con ello usurpar y sustituir su orden simbólico. ¿Mi furia era también por haber pecado yo de eso mismo y tenía ahora, al ser madre, miedo a la no existencia?

Todas y todos nacemos de mujer. En toda vida humana hay, siempre, una mujer que nos es origen. El sentido común nos enseña que es imposible que la madre no exista pero hay relatos (mitológicos pero también historio-gráficos y científicos) que nos hablan de momentos en los que el simbólico, es decir la manera de leer/entender el mundo, ha intentado demostrar otra cosa. Nos han contado, por ejemplo, que Eva, la primera mujer, salió del costado de Adán.³¹ O en la *Orestiada*, la tragedia griega escrita por Esquilo en la que, al final, se decreta que no es la madre el origen de la vida sino el padre.

El gesto simbólico de “des-orden” y usurpación de ambos textos nos indica el inicio del patriarcado.

En una reunión de la comisión permanente de Duoda de hace unos años Milagros Rivera dijo: *Madre es el nombre de la relación necesaria para la vida*. Traía esas palabras de la reflexión que Luisa Muraro estaba preparando para el *Diálogo Magistral I* (mayo 2006).³²

«Madre es el nombre de la relación necesaria para la vida».

“Relación”

“Necesaria”

Escribí estas palabras en mi cuaderno y luego fui compartiendo ese enunciado con algunas amigas pero lo cambié, sin darme cuenta, por otro: “madre es el nombre de la relación imprescindible para la vida”.

Había substituido la palabra «necesaria» por la palabra «imprescindible». Las dos palabras dicen de algo sin lo cual no es viable otra cosa pero la segunda tiene una grandilocuencia, un inflamamiento, ¿una vanidad?³³

Ante algunos relatos (cine, historiografía, etc.) siento aún miedo: no a la no existencia sino a la invisibilidad. Pero ahora sé que si el otro no me ve no es porque yo no exista o sea invisible sino porque el otro es -o se hace- el ciego.

Quiero recordaros el inicio del cuento de Blancanieves:

Era un día de invierno, y los copos de nieve caían del cielo como plumas blancas. Una Reina estaba sentada a su ventana, cuyo marco era de ébano, y cosía, mirando la nieve caer. De pronto, distraída, se pinchó un dedo, y cayeron tres gotas de sangre en la nieve. Hacía tan bonito lo rojo sobre lo blanco, que la Reina exclamó:

- ¡Me gustaría tener una niña tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre, tan negra como el ébano del marco de la ventana!

Pasó algún tiempo, y la Reina tuvo una niña, cuyo cabello era tan negro como el ébano, mientras sus mejillas eran rojas como la sangre, y su tez blanca como la nieve. Por esto, y en recuerdo de aquella tarde de invierno, se llamó Blancanieves.

Mas la Reina murió al nacer la niña. (...)

En el cuento la niña nace y la madre muere. La niña tiene, y lo tendrá para siempre, lo que le ha dado la madre: deseo, nombre y genealogía. La madre no le falta porque, como dice Montse Guntín, la madre nos funda.³⁴

Además, la madre de Blancanieves es una «Reina». Real es un adjetivo que tiene dos sentidos: real de realeza y real de realidad. La madre de Blancanieves es real, es de verdad. Es una mujer que convoca en y con su deseo muchas cosas:

- Desea ser madre de una niña, es decir desea que su criatura sea del mismo sexo que ella, que pueda, como, ella, ser origen.
- Desea también que esta niña tenga tres características: que sea blanca, que sea roja y que sea negra. Y esos tres colores están preñados de sentido para la vida de una mujer.

Según la tradición pagana,³⁵ la espiritualidad vinculada a la tierra y a los ritos de fertilidad que las humanas y los humanos rendían en la época prehistórica, esos tres colores (blanco, rojo y negro) son una de las formas de representación de la triple diosa, o también son los tres aspectos de la diosa madre: lo que nace, lo que da la vida y lo que muere. Los tres colores también se vinculan con diferentes momentos de la vida de una mujer en relación a la ausencia-presencia de la menstruación. Un primer momento, blanco, sería la niña: no tiene la regla. El segundo momento sería el rojo: la llegada de la regla con la posibilidad, que no determinismo de que la mujer pueda estar embarazada y se convierta en madre. En tercer color, el negro, sería el que representa a la anciana y es aquel en el que, definitivamente, la regla se retira.

Al convocar para la niña esos colores la madre de Blancanieves le da, como legado, la genealogía femenina ancestral, prepatriarcal y no escindida y no la dicotómica y patriarcal, representada por ejemplo con las figuras bíblicas de Eva y María que representan la “mala” y la “buena” mujer por separado (como la “teta buena y la teta mala” que comentaba antes). Hay que recordar que, cuando hablamos de la relación con la madre de forma idealizada o lo hacemos sólo desde el negativo, nuestra mirada a la genealogía femenina es patriarcal. Pero la Reina, la madre de Blancanieves, desea que su hija tenga una vida completa y por eso le entrega los tres colores:

- Le desea la capacidad de ser blanca, de mantenerse inocente y que la guíe el amor.

- De ser roja: ser creativa y creadora y no sólo de criaturas sino de cultura, de relaciones, de obra...
- Y de ser negra: de ser sabia y saber llegar a ser anciana. Poder dejar atrás lo que toca soltar.

Además la madre le da un nombre, Blancanieves. Y el nombre propio es lo que nos posibilita ser criaturas singulares, distintas, únicas. Blancanieves es ella y no otra.

Luego, y según el cuento, la madre muere.

Quizás porque el cuento que nos ha llegado ha sufrido el sesgo del patriarcado y ya sabemos que el patriarcado quiere hijas pero no quiere madres.

Pero quizás es porque ese es el cuento de la hija y no el de la madre. ¿Será que esa es la manera que tienen los cuentos de hadas de decirnos la necesidad de que acaezca el parto de las hijas? Parto, palabra que también tiene dos significados: partir como separar y partir como iniciar. La madre estará siempre en ese deseo encarnado que es la hija cuando la hija realice su propio viaje, su propia vida.

Muchas mujeres dicen que la experiencia de la maternidad las ha llevado a entender mejor a sus madres. A mí también me ha pasado. Hace un rato tenía miedo de que el ser hija y el ser madre se me confundieran. Ahora quiero contar algo sobre mi ser madre que ha ayudado a entender, y por tanto a calmar, mi ser hija.

Mi hija de seis años acaba de empezar la primaria. Estamos en ese momento en el que pactamos hasta donde la acompaño en el recorrido que va de la acera a la puerta del patio del colegio, que luego lleva a la reja azul intermedia y que acaba en la puerta interior del edificio. En ese camino son cuatro los lugares posibles para despedirnos. En el colegio de mi hija hay una valla que separa el patio de la calle y que a veces mi hija me pide que caminemos a la vez: ella desde dentro del patio y yo desde la acera. Haciendo ese camino que, durante un rato es paralelo y que a ella la lleva al

aula y a mi a coger el autobús para ir al trabajo, una compañera de clase la llama por su nombre:

- ¡Zira, espérame!- le dice.

Mi hija se gira, sonrío a su amiga Sara y la espera. Yo sigo caminando del lado de fuera de la verja mientras observo a las dos niñas que están felices por ir de la mano hasta la clase.

Mi hija no mira hacia mí: «me ha desaparecido». Para ella yo no estoy porque estoy. Estoy como lugar y como recurso, externo e interno, al que volver. Estoy como presencia viva en su vida.

nota: Después de la lectura de este texto hubo en Reus un rico turno de palabras del que quisiera rescatar la intervención de una de las asistentes a las jornadas que formuló una pregunta en relación a la “sobreprotección” de las hijas. A lo largo de mi experiencia como madre he vivido/sufrido esa “acusación”. Deseé contestar la pregunta pero lo hice balbuceando, es decir, intentando decir algo con sentido a una cuestión importante sin tener todavía las palabras para ello. Agradezco a Milagros Rivera que recordara que en la relación de una madre con su hija hay un más porque no sólo se cuida a la hija sino que se cuida también la continuidad de la civilización a través de la hija.

notas:

1. Clara Jourdan, «la Librería de Mujeres de Milán en el presente» en *DUODA. Estudis de la Diferència Sexual*, 32 (2007): “Salvar la relación materna: que haya libertad en presencia de la madre viva”, pp. 63-75.

2. Preciosa expresión creada por M. Milagros Rivera Garretas que podéis encontrar en varias de sus publicaciones, por ejemplo: María Milagros Rivera Garretas: *La diferencia sexual en la historia*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2005, p. 49: “la capacidad de ser dos es una facultad recibida; recibida por azar o por gracia pero necesariamente. (...)”.

“Esto significa que el cuerpo femenino es un cuerpo disponible y abierto a lo

todavía indisponible. Señala esta apertura, nada más, sin determinar nada. Una puede aceptar la indicación, puede rechazarla y puede también, ignorarla, como si no existiera”.

“Apertura a lo otro no es altruismo”.

3. Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*. Madrid: horas y HORAS, 1994. La autora propone, como gesto político y no moral, agradecer el don recibido de la madre.

4. Ina Praetorius, *La filosofía de la competencia del estar ahí*. En *DUODA. Revista d'Estudis Feministes*, 23 (2002), pp. 99-110.

5. Diótima, *L'ombra della madre*, Nápoles: Liguori edit., 2007.

6. Luisa Muraro, “Materia viva”, en *DUODA. Revista d'Estudis Feministes*, 20 (2001), pp. 137-139.

7. “La cosecha de nuestras madres” es el nombre de una colección de horas y HORAS la editorial. Me parece una expresión preciosamente encontrada para nombrar el deseo de las editoras de publicar textos escritos por mujeres. Ellas mismas lo expresan en la tapa interior de la contraportada: “Lo que nuestras madres plantaron, nosotras lo cosechamos. Plantaron libertades, sueños, desmanes, quejas, lo nuevo, lo por venir... Les dijeron que no crecería, pero plantaron. Las llamaron locas, pero plantaron. Y como lo plantado tenía fuerte raíz (por lo que algunos las llamaron radicales), todo llegó a nosotras. La “cosecha de nuestras madres” es una colección de textos que recoge el origen amoroso y guerrero, de nuestro sentido libre de ser mujeres puesto en palabras. De ella obtenemos frutos y semillas que volveremos a plantar”. Para conocer más: www.unapalabraotra.org/horasyhoras.html

8. horas y HORAS la editorial, Madrid, 1994.

9. Barcelona: Noguer Ediciones, 1978.

10. Christiane Olivier, *Los Hijos de Yocasta: la huella de la madre* México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1984.

11. En el monográfico *La madre negada*. En *DUODA. Revista d'Estudis Feministes*, 6 (1994), pp. 85-93.

12. Esta asignatura forma parte Máster en Estudios de la Diferencia Sexual de Duoda. Para más información sobre los másteres que se ofrecen en Duoda: www.ub.edu/duoda
13. *Idem* nota 11.
14. DUODA. *Revista d'Estudis Feministes*, 22 (2002), pp. 55-117.
15. María Milagros Rivera Garretas: *Mujeres en Relación. Feminismo 1970-2000*. Barcelona: Icaria, 2001, pp. 19-29.
16. Por ejemplo su "La relación materna como fuente de fortaleza para una mujer", o la traducción del artículo de Cristina Faccincani, "Paradojas del materno". Para más información: <http://www.mguntin.net/articles.html>
17. *Llengua abolida. Llengua abolida*, Editorial 3 i 4, València, 2000.
18. Madrid: horas y HORAS (1984) 2003.
19. Barcelona: Ediciones B, 1993.
20. Barcelona: Anagrama, DL 1996.
21. Comunidad filosófica femenina de la Universidad de Verona: <http://www.diotimafilosofe.it/>
22. Barcelona: Icaria, 1996.
23. Nápoles: Liguori edit., 2005, trad. de Gemma del Olmo Campillo, *La mágica fuerza de lo negativo*, Madrid: horas y HORAS, 2010.
24. En DUODA. *Estudis de la Diferència Sexual*, 35 (2008), pp. 62-63 y en Juana Castro: *Vulva dorada y lotos*. Madrid: Sabina Editorial, S.L., 2009, pp. 11-12.
25. D. Winnicott: *Realidad y Juego*. Buenos Aires: Gedisa, 1990. El autor observó la relación de la pareja primordial (la formada por la madre y su criatura) e indagó en el proceso humano que transcurre entre el ver a la madre ideal (el bebé cree que su madre es omnipotente y omnipresente, o sea la

coloca en el lugar de Dios) al momento de ver a la madre “suficientemente buena” (la mujer real y no idealizada que nos es origen: una mujer corriente pero, a la vez, ella y no otra).

26. Me he tomado la libertad de tomar prestada esta expresión de forma muy simple y reducida y que en el contexto de este texto no puedo trabajar más. La aportación que hizo Melanie Klein a la psicología humana a partir de la observación de la relación de las madres con sus bebés es de suma importancia para entender mucho del sentir humano. Ver Melanie Klein: *Envidia y gratitud*. Buenos Aires: Hormé, Paidós, 1987 y Hanna Segal: *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Barcelona: Paidós, 1993.

27. Las reflexiones de este párrafo y del anterior son fruto del intercambio con la profesora Chiara Zamboni.

28. *DUODA, Estudis de la Diferència Sexual*, 38 (2010).

29. Chiara Zamboni: “Né una né due: l’enigma di un eccesso nello spazio pubblico”, a *L’ombra della madre*, Napoles: Liguori edit., 2007, pp. 17-32.

30. Expresión de Luce Irigaray que da nombre a su *El cuerpo a cuerpo con la madre* (trad. al castellano de Mireia Bofill y Anna Carvallo), Barcelona: la Sal: 1985.

31. Está escrito en el “segundo origen del mundo”, en el libro del Génesis (Antiguo Testamento), sólo unas líneas más abajo del “primer origen del mundo” en el que Dios había creado, a su imagen y semejanza al hombre y a la mujer: *varón y hembras los creó*.

32. La frase que escribió Luisa Muraro en su texto fue *La madre es, universalmente, el nombre de la relación que es condición de vida humana*. Está en *Psicoanálisis y feminismo: el complejo de la madre muerta (retractatio de El orden simbólico de la madre)*. *DUODA. Revista d’Estudis Feministes*, 31 (2006), pp. 20.

33. Para María Zambrano *la vanidad es una hinchazón de algo que no ha logrado ser y se hincha para recubrir su interior vacío*. En *Por qué se escribe*, María Zambrano: *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza Editorial, 1987, 2002, pp. 35-44.

34. Montserrat Guntín: *La heterosexualidad compulsiva*. *DUODA. Revista de Estudios Feministas*, 26 (2004), pp. 31-47. Dice: “Esto lo he entendido bien, después de mucho trabajo, cuando he podido reconocer que mi madre no me falta porque, efectivamente, me funda. Y mi fundación es ésta, independiente de si ella era o es buena o mala o de cómo fue o es ahora nuestra relación. A partir de ahí ya no existe para mí ningún fracaso simbólico ya que en su alteridad reconozco la mía. Y esto sucede al mismo tiempo que desaparece en mí la necesidad de llenar la ausencia de mi madre con ‘mi hombre’”.

35. Los ritos paganos son ritos vinculados a la tierra, al campo, y a las etapas de labranza. La palabra “pagano” proviene de “pagus” y significa campo en latín. Comparte sentido etimológico con las palabras “pagès/pagesa” que significan campesino/campesina en lengua catalana.

Fecha de recepción del artículo: 4 de diciembre de 2009. Fecha de aceptación: 4 de enero de 2010.

Palabras clave: Madre — Hija — Relación madre-hija — Relación hija-madre — Maternidad — Cuentos de hadas — Blancanieves — Triple diosa — Sobreprotección.

Key words: Mother — Daughter — Mother-daughter relationship — Daughter-mother relationship — Maternity — Fairytales — Snow White — Triple goddess — averpotection.